

«Nada hay ya estable; ni los principios de la Religion, ni los de la política, ni los de la moral: ¡triste situación, que hace casi precisa la continua intervención de la fuerza material, precisamente cuando han ido más lejos los adelantos morales é intelectuales del género humano!»

Pero, al llegar aquí, la conciencia me tira del hábito, y me dice:—«Señor..... ¡la hora!» Pues he concluído; con tanta mayor razón, cuanto que ya no me quedaban más perlas ajenas con que seguir engalanando este no llamaré discurso.



## FANNY

NOVELA DE MR. ERNESTE FEYDEAU

UN artículo crítico de periódico diario, pensado por la mañana, escrito al mediodía, publicado á la tarde; leído ó no leído durante la *soirée*, convertido á media noche en *capillotes*, y arrojado á la calle á la mañana siguiente, no puede, ni pretende ser más que una noticia somera, una nota marginal, una sentencia sin *vistos* ni *considerandos*, una indicación, en fin, hecha á los lectores de que hay tal ó cual obra nueva, digna de ser conocida y estudiada, ó un aviso á los padres de familia de que anda por el mundo algún nuevo enemigo de la moral ó de la literatura, cuyo trato sería peligroso á la inocencia ó al buen gusto de sus hijos.

Sin aquellas excusas en nuestro favor, y sin estas consideraciones á que atender, no nos atreveríamos á escribir hoy, tan ligeramente



como nos será forzoso hacerlo, una crítica de la novela que citamos al principio de este artículo, sobre todo después de las brillantes páginas que le han dedicado las mejores revistas literarias de Europa. Pero el tiempo urge: la nueva epidemia titulada *Fanny* empieza á saltar el Pirineo: la *cuarta edición* francesa circula ya por Madrid, y hasta háblase de traducirla al español.....—A su vuelta de Francia de pasar el verano aprendiendo aquellas costumbres, todas nuestras compatriotas han traído este libro, dichoso si los hay, con más algo que se cuenta de la vida de su autor, y, por supuesto, noticias de las grandes polémicas que ha ocasionado entre aquellos periódicos y los alemanes.

Entremos, pues, en materia.

FANNY es una *novela íntima del género realista*.—Así la ha llamado *Eugenio Montegu* en la *Revista de Ambos Mundos*.—Pero lo que no se le ha ocurrido decir á este crítico eminente, es que la frase *novela íntima del género realista* envuelve ya una censura. Semejantes novelas no son novelas: son historias particulares que antiguamente se contaban al confesor; que después fué moda referir *sotto voce* á los amigos, y que hoy se pregonan dervergonzadamente en los sitios públicos; lo cual da completa idea del estado actual de las costumbres parisienses.

Zorrilla, hablando de *Pentápolis*, dice:

Con estos jeroglíficos impuros  
Se adornaron los pórticos, las fuentes,  
Las calles y las plazas, y los muros,  
Y no quedaron ojos inocentes,  
Ni oídos castos, ni recuerdos puros,  
Ni rubor en los rostros impudentes,  
Ni encerró nada más aquel recinto  
Que infamia imbecil y brutal instinto.

Una cosa muy parecida acontece con este nuevo género de novelas.....

Para nada entra en ellas lo ideal.—Walter-Scott, el novelista por excelencia, habla constantemente á la imaginación de sus lectores, los transporta fuera de su tiempo, les revela la historia, les hace asistir á poéticos, maravillosos y excepcionales dramas. Lo lírico, lo épico, lo sublime es entonces una consolación y un recreo para la pobre alma asfixiada en la estrecha atmósfera moral de nuestro siglo.—Lo mismo digo de Manzoni, en su inmortal novela.—Balzac, á quien no hay que confundir con sus desventurados imitadores, si bien encarna en la realidad de la vida humana, es como anatómico, como fisiólogo, como psicólogo, como naturalista, desentrañando misterios comunes á toda la humanidad, esclareciendo el tenebroso abismo del corazón humano hasta sorprender las pasiones en su cuna, descubriendo los más ocultos cánceres de la



actual civilización, observador y crítico á un tiempo, sacando siempre consecuencias en pro de tal ó cual especulación filosófica; es decir, que Balzac, si no recrea la imaginación, da pábulo al pensamiento, aumenta el caudal de nuestras ideas, nos enseña la ciencia del mundo..... (fatal ó no fatal..... ésta no es la cuestión.....: el caso es que nos la enseña).—Goltichs, Bernardino de Saint-Pierre, Chateaubriand y demás escritores optimistas, arrancan dulces lágrimas del corazón, presentan amable la áspera virtud, refrescan las dulces memorias de la infancia, y nos hacen ver que todo hombre se basta á sí propio para ser feliz..... ¡Todo esto, con una fábula sencilla, tierna, inverosímil, si queréis, pero interesante, poética, acomodada á la índole de nuestra imaginación inquieta y soñadora!

Mas en el nuevo género; en la *historia de todos, contada por todos*; en el gran escándalo que hoy da la vecina Francia, ¿qué encuentra el corazón, qué la imaginación, qué el entendimiento, qué la moral, qué la filosofía, qué la sociedad, qué la familia, qué el legislador, qué el alma enamorada de lo infinito?

¡No, no son novelas! No son literatura; no pertenecen al público; no interesan á la generalidad; no influyen en nada; no enseñan, no divierten, no edifican, no consuelan, no son útiles ni agradables al género humano.

*Fanny*, por ejemplo, es el boletín particular de lo que un determinado hombre experimentó al lado de una determinada mujer; de la impresión que le causaba la vista del marido de ésta; de lo que pensaba *antes y después y al mismo tiempo*.....: de las horas, de los sitios, de las actitudes, de los trajes, de los muebles, de las palabras y de las caricias que figuraron en un adulterio vulgar, de esos que no pasan á la historia, porque ni influyen en el destino de las naciones, ni acabaron en tragedia, ni se verificaron entre semidioses, ni tienen, en fin (y esto es lo más triste), nada de raro ni de poco común.

Como tales cosas les han sucedido á casi todos los seculares (con diferencia de horas, de sitios, de actitudes, de trajes, de muebles, de palabras y de caricias.....; pero no con diferencias muy radicales, pues en esas miserias poco hay que inventar), resulta que lee uno el libro con cierto interés, pues se trata de sus propias aventuras, y quiere saber si están bien ó mal escritas, mas no bien llega un prójimo y os dice:—«Esas aventuras son también las mías, y las de Fulano, y las de Mengano.....»,—os da vergüenza de pareceros á todo bicho viviente, y acabáis por reconocer la insignificancia de la obra y de vuestras impresiones de calavera.

*La ropa sucia se lava en casa* (dijo Napoleón, y bien puede repetirse esta frase á propó-



sito de *Fanny*.—Tan cierto es que el público rechaza semejantes revelaciones, que ni una palabra, ni un accidente, ni un pensamiento de los que constituyen esta obra le parecería digno de atención si los oyese en el teatro. Las miserias domésticas, las debilidades personales, los achaques *hominis lapsi*, son para sufridos y callados individualmente. La colectividad, la sociedad, la humanidad en masa, no quiere avergonzarse de ellos. ¡Todos juntos significamos algo más grande que el amante de *Fanny*! ¡Sus *petites affaires* no nos importan, no nos conmueven, no nos interesan, no pertenecen al dominio público!—¡Lo contrario sería horrible!

Y cuenta que el libro está escrito con viveza, con gracia, con elocuencia, bien trazado, bien compuesto, y exuberante de esa misma *verdad* que constituye su insignificancia.—*C'est ça!* ¡Así pasan esas ruindades!—Sólo se nos ocurre una observación; y es, que si *Mr. Feydeau* tuviera hijas, se vería en la triste necesidad de ocultarles su oficio de escritor público, como ocultan el suyo á sus hijos las mujeres que trafican con el pudor.

Por lo demás, si *Fanny* es una autobiografía, como se dice; si *Mr. Feydeau*, lejos de exhibir á la compasión ó á la rechifla del público la deplorable situación de su *Roger*, se ha propuesto dar una idea del temple de su pro-

pia alma y de la extensión de sus desventuras; (lo diremos más claro) si *Mr. Feydeau* fué el verdadero amante de *Fanny*, y es su historia la que nos ha contado en este primoroso volumen, ¡vive Dios que nuestro pobre vecino nos ha regalado una *vista* bien triste de su carácter y de su inteligencia!

Hasta aquí, muchos escritores, aun á riesgo de tocar en la inverosimilitud, se habían esforzado por presentar grandes y generosos á todos los personajes de sus obras.—*Monsieur Feydeau* ha pecado por la inversa, ofreciendo á nuestros ojos tres caracteres mezquinos y miserables en los tres únicos actores de su novela.—¡Qué amante, qué mujer y qué marido!

Prescindamos de estos últimos,—dignos el uno del otro, egoistas y criminales ambos, cobardes y viciosos hasta inspirar repugnancia, que no miedo,—y fijémonos por un instante en *Roger*, en el protagonista, en el héroe, en la víctima augusta de las pasiones.

*Roger*—ó *Mr. Feydeau*, según malas lenguas—es un desgraciado mortal, muy apegado á las cosas de la tierra, que limita todas sus aspiraciones, que emplea todas las fuerzas de su alma, que reduce toda su vida y toda su ambición á la gran dicha, á la suma gloria, á la colosal empresa de poseer á la mujer de un negociante. ¡Su día, su noche, su mañana, su tarde los consagra á arreglar el cuartito en que



ha de recibirla, en preparar su *toilette* ó pensar en la de la señora..... del negociante y de sus pensamientos, en buscar *poses* nuevas, en hacerle preguntas sumamente peregrinas y en sacar *comentarios* de sus respuestas!.....

¡Qué hombre tan útil á su patria, á la humanidad y á Dios! ¡Qué inteligencia tan bien empleada! ¡Qué corazón tan noble y tan generoso, que no echa nada de menos, cuando sólo se alimenta de un poco de lodo robado semanalmente á su vecino!—¡Gloria á estos incrédulos que renegaron de la fe en la otra vida, y cifraron toda su esperanza en las supremas beatitudes que ofrece el globo terráqueo! ¡Llor á estas idólatras de la mujer, que reciben de sus ojos la vida ó la muerte, que buscan el infinito entre las ballenas de un corsé, y que juegan el alma y el cuerpo, las ilusiones y la conciencia, la cuestión del bien y del mal, al temeroso albur de la *fidelidad de una adúltera!*

*Partage!*—¡Medianería!—¡Lo comprendemos bien!—¡Será un dolor muy grande!—¡Será un dolor horrible!—Pero vos tenéis la culpa, señor mío.—¡Dierais menos importancia á *Venus*, y no os extrañaría encontrarla en los brazos de Vulcano!—¡Por algo los casaron los mitólogos!

¡Ah! ¡Lloráis *allá abajo* (locución francesa), en vuestra poética cabaña, herido de muerte,

*pechista* quizás (traducción literal de *poitrine*), Sansón *tonso*, Icaro caído, Prometeo derribado, zozobrando entre la cogulla y la pistola, escribiendo vuestro *Memorial de Santa Elena*, después del Waterlío que presenciásteis entre persianas! ¡Os encontráis *blasé, traviato*, como el tenor de la *Favorita*, como el héroe de *Les filles de marbre!*..... ¡Queréis inspirarnos compasión! ¡Pretendéis enseñarnos algo! ¡Os creéis la víctima propiciatoria, cuya sangre ha de borrar de los diccionarios la palabra *adulterio!*.....

¡Lamentable error, pobre joven!—Vuestros dolores no dan compasión; dan lástima..... (que no es lo mismo).....—Vuestro desengaño arguye pequeñez de espíritu.—Vuestro libro prueba que la literatura no progresa al par de una civilización que quiere remediar males morales con mejoras materiales.—Vuestro público, en fin, nos afirma en nuestras rancias ideas de que la sociedad latina murió hace setenta años; de que el cadáver se encuentra ya en plena putrefacción, y de que su fetidez va llegando á nuestras narices.

Madrid, 1858.—*Es decir*, hace veinticinco años; por manera que mi opinión acerca del *naturalismo* es antigua.

